

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO :

	Página
Estudios sobre el Catolicismo	1
Doctrina Católica del Sacrificio en la Eucaristía	7
Jesucristo, Señor de la Iglesia	12
El uso de Obreros Laicos en la Iglesia a la Luz de la Doctrina del Ministerio	21
Bosquejos para Sermones	32

Publicado
por
La Junta
Misionera
de la
Iglesia
Evangélica
Luterana
Argentina

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana.

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia.

Editor: Fr. Lange.

Núm. 23

Tercer Trimestre - 1959

Año 6

ESTUDIOS SOBRE EL CATOLICISMO

Cuando los católicos romanos actualmente quieren defender sus enseñanzas contenidas en la mariología romana, ellos necesariamente se ocupan también de "Las fuentes que contienen la Doctrina acerca de María".

En su libro, *Los Errores Protestantes sobre la Santísima Virgen María*, (Obra de Don Bosco, Bs. As. 1949); el autor Demetrio Licciardo S.D.S., habla del papel que desempeña la razón humana en la cuestión de la teología. Dice:

"Nada puede inventar la razón humana tanto sobre éste como sobre ningún otro tema cuyo conocimiento se adquiere solamente por la revelación de Dios. El oficio de la razón respecto a estos acontecimientos, consiste en tomar los datos de la revelación y estudiarlos, sistematizarlos, relacionarlos, ilustrarlos, explicarlos, defenderlos. Las construcciones puramente subjetivas que pretenden realizarse sobre el contenido del dato de la revelación, prescindiendo de la misma y sin su guía e iluminación, no poseen garantía ninguna de certeza respecto a la verdad objetiva de aquel contenido; así como no la poseen las construcciones intelectuales contruidas subjetivamente al margen de la realidad objetiva de las cosas, del ser, en el que se halla toda la verdad y al que la inteligencia ha de ir necesariamente a buscarla, so pena de no conseguirla si así no lo hiciera.

Así como para la filosófica, tampoco para la construcción teológica, puede haber verdad, si no representa dicha construcción, una conformidad con la realidad extramental, conocida e iluminada, en el caso de la teología, por la luz que viene de la revelación de Dios". (P. 13.)

Ese autor, después de presentar, de manera acostumbrada a los católicos romanos, su posición referente a la Biblia y a la Tradición, enseña al lector el uso de la razón, que el autor emplea en el libro citado:

“Conjuntamente con la Sagrada Escritura y la Tradición en este sentido más amplio, usaremos aunque en forma muy limitada, en atención siempre a las posiciones que ocupa el protestantismo, los argumentos especulativos, de que se vale la teología, para ilustrar sus verdades. Los protestantes los rehuyen, sobre todo a los que se edifican conforme a los métodos de la teología escolástica y no les reconocen el valor que tienen; algunas veces los desprecian y otras se indisponen contra ellos; sin embargo, en muchos casos son precisamente estos argumentos los que muestran la razonabilidad y conexión de las doctrinas y si no se los descuidara, contribuirían a evitar muchos errores.” (p. 25-26).

No sería de balde si consideramos aquí, separada de la cuestión de la mariología, el papel que desempeña la razón en la teología. Si, por un lado, estuviésemos convencidos de que los católicos romanos tienen razón en su manera de emplear la razón, entonces no existiría motivo para entrar en disputas sobre este punto. Si, por otro lado, no podemos aceptar la posición romana, entonces debemos poder, al menos, presentar nuestra posición sobre este problema.

En son de orientación, proponemos la siguiente ilustración para poder discernir la dirección del movimiento que aquí toma la teología:

Dios —————> Hombre —————> Vida Cristiana

En primer término, según demuestra esta ilustración, reconocemos que Dios comunica su mensaje al hombre, quien, por su parte, lo utiliza para llevar una vida cristiana.

Luego, para bautizar con nombres a estas dos actividades, digamos que Dios se ocupa de la *Revelación*, el hombre de la *moral*.

La primera actividad no es, ahora, objeto de nuestro estudio, sino la segunda, y en el estudio de esta actividad del hombre, nuestra atención se dirige, desde luego, a la manera cómo el hombre obtiene la revelación.

Los teólogos han usado, en esta materia, los términos: *órganon leephtikón* y también: *usus instrumentalis*. La razón viene a ser como un receptor. El carácter de la revelación divina es el de un mensaje, una comunicación. El hombre recibe esta comu-

nicación o mensaje con su mente, su razón, la cual, a su vez, ordena las acciones que él debe realizar.

Cabe notar aquí que no podemos invertir la dirección del movimiento entre Dios y el hombre, de tal manera que de la idea de que el hombre puede alcanzar a Dios para buscar el mensaje. En su estudio "*El Cristianismo Protestante*", los autores J. Dillenberg y C. Welch (La Aurora, Bs. As., 1958) dicen, bajo el título: "La fe y la decisión" (p. 40):

"Lo que estaba en juego no era una cuestión de precedencia cronológica, o psicológica sino de fundamento en una realidad específica; o el hombre, o Dios. Evidentemente la fe es solamente experimentada por el yo y hay una decisión de fe; no obstante, insistían los reformadores (Lutero y Calvino), no puede ser fabricada por el yo. Está basada en la actividad de la gracia de Dios. La fe nace, no se hace. Cuando ocurre la fe, los hombres confiesan que no es obra suya, sino de Dios, por más que ellos la hayan buscado. La persona que insiste en que la fe es la decisión individual de aceptar la misericordia que Dios le ofrece no ha experimentado aún su presencia transformadora. Aquellos que la han experimentado saben que la fuente de la fe está realmente en Dios. La oferta de misericordia de Dios no es como un objeto que el hombre toma o deja; Dios lo confronta, a la vez que obra él mismo en la decisión. Sin embargo, esto no excluye la responsabilidad y la decisión humanas."

En la vida actual conocemos todos el fenómeno de la difusión por radio. "El programa tiene su origen en la estación emisora: el receptor en la casa, recibe la comunicación y la transmite con sonidos que los escuchas en la pieza pueden entender. Nosotros los hombres somos los receptores. De Dios recibimos el mensaje. Lo transmitimos en palabras y hechos, en vida cristiana, de tal manera que nuestros vecinos vean "nuestras buenas obras y glorifique a nuestro padre que está en los cielos".

Las ondas desde la emisora tienen que alcanzar al receptor; éste es el movimiento, y no viceversa. Si nuestro radio funciona bien, reproducirá fielmente el mensaje original. Este es el papel que desempeña nuestra razón en cuanto a recibir la comunicación de Dios.

El receptor no tiene juicio sobre el programa. De esto hablan los teólogos cuando dicen que la razón no es un *órganon*

kritikón, o también, que no hay *usus rationis magisterialis*. Por vieja que sea nuestra radio y por experiencias que haya tenido, no llega a tener la facultad de juzgar el programa difundido.

Cierto es, cuando no funciona bien, puede fallar al transmitir todos los sonidos y los escuchas quedan perplejos; o puede, por varias causas, reproducir sonidos ajenos y el escucha, disgustado apaga el aparato. Cuando sucede cosa semejante, el escucha no carga la culpa a la estación emisora, sino que lleva su aparato al taller para la debida reparación.

Por supuesto, la reproducción de la revelación divina no es cosa mecánica, sino es cosa de vida, de la nueva vida del regenerado. El cristianismo no es un mero mecanismo. Su capacidad es mucho mayor; él es un ser racional. El puede, por ejemplo, recibir el mensaje en inglés o alemán y traducirlo en castellano. Para hacer esto, es necesario que entienda los idiomas usados y el sentido del mensaje. En realidad, este es su trabajo, el trabajo de testigo, "a fin de que manifestéis las excelencias de aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz maravillosa", como dijo San Pedro.

En el caso de que el creyente no comprenda el contenido o propósito del mensaje en particular, no hemos de insistir en que el tampoco puede transmitirlo. Estos casos nos demuestran las imperfecciones en los cristianos, pero de ninguna manera comprueban la falta de veracidad, y propiedad del mensaje divino.

Ahora bien, en la materia de la mariología, el autor Demetrio Licciardo quiere defender el papel que la Iglesia Católica Romana se arroga en el asunto de la reproducción del mensaje, a saber:

"El (Jesucristo) depositó su revelación entera en manos de un magisterio vivo y proveyó a su conservación íntegra y pura, dotando a este magisterio de la infalibilidad en la enseñanza de la doctrina revelada". (p. 16).

Luego, ese autor sigue con uno de sus argumentos especulativos:

"Si N. S. Jesucristo quiso que su doctrina llegase íntegra e invariable a todos los hombres de todos los tiempos y que una fuese la fe de todos aquellos que habían de creer en El, como en realidad lo quiso, no pudo abandonar sus enseñanzas a la interpretación privada y subjetiva, de la cual surgen necesariamente

tantas doctrinas, cuantas son las inteligencias que las meditan". (pp. 16-17).

Y ¿cuál será la conclusión? El católico romano dice que es esta: "La Iglesia pues, es Madre y Maestra de los fieles en materia de fe y costumbres". Lo que la Iglesia Romana, así lo hemos de entender, enseña ahora, esa es la Palabra de Dios, "La Iglesia, es depositaria de la revelación; a ella, le ha sido entregada para conservarla, custodiarla y predicarla; "propio de la Iglesia, es el juzgar del verdadero sentido e interpretación de las Escrituras" Concilio de Trento, Cfr.: Denzinger-Bannwart, 786; Concilio Vaticano, id. 1788), dada la positiva voluntad de Cristo, que no solamente así lo ha establecido, sino que ha provisto, además, por medio de la infalibilidad que le otorgara, el fiel y provechoso cumplimiento de esta misión". (p. 162).

De allí, el católico romano afirma que "la Iglesia, no solamente nada añade o quita a la Palabra de Dios, sino que no puede añadir o quitar nada. La voluntad de N. S. Jesucristo vela positivamente por la integridad de su doctrina. La Iglesia tan sólo custodia santamente esa palabra y la expone fielmente, de lo cual surge el desarrollo normal y legítimo de la misma" (p. 19. 20).

Si preguntamos si el dogma de la asunción de María es palabra de Dios, el católico romano nos dice, positivamente, que sí. A pesar de que la Biblia no dice nada de esto, a pesar de que la antigua tradición guarda silencio, sin embargo, la iglesia actual enseña este dogma, y lo que la Iglesia enseña, eso es la palabra de Dios.

Todo esto está encuadrado en el marco de las deificaciones de que se ocupa la Iglesia de Roma. Aquí se toma la palabra de hombres y la convierte en palabra divina. El papel de la razón, entonces, no es sólo el de transmitir la palabra revelada y escrita, sino que también incluye el "desarrollo normal y legítimo" de esa palabra, de tal manera que las palabras del magisterio actual decretadas en forma de dogma se convierten en palabras reveladas de Dios.

Para eliminar el elemento de posibles errores, se cuidan de asegurar que esta facultad proviene del Espíritu Santo. El inspira a la Iglesia pero no inspira privadamente. Si los protestantes quieren alegar la inspiración privada del Espíritu Santo, el católico

romano contesta: "Esta inspiración de hecho no se da" (p. 17). ¿Por qué no? El católico romano contesta: "Si el Espíritu Santo verdaderamente inspirase a cada uno el sentido recto de las Sagradas Escrituras, esta diversidad en la interpretación (entre los protestantes) de las mismas no podría suceder, ni hubiera jamás sucedido" (p. 17).

Volvemos a invocar el ejemplo de los receptores de radio, y podemos imaginar la siguiente situación: Del receptor N° 1 escuchamos a cierto orador y nos parece que se habla en castellano, pero sin la menor duda sabemos que escuchamos también palabras en portugués. La emisión de LR1 y la de cierta estación de Brasil se confunden y decimos que el aparato no está bien sintonizado, pues escuchamos dos estaciones a la vez.

En otro caso, el aparato N° 2 sintonizado en la misma estación, LR1, nos transmite unas cuantas palabras del orador, pero luego se alternan ciertos ruidos molestos y más palabras, pero el mensaje no da un sentido claro. Sucede, porque justamente en este momento la ama de casa está usando la máquina de coser y de allí provienen los ruidos que molestan.

En una palabra, no buscamos la falla en la emisora LR1, sino que examinamos nuestro receptor; la falla está allí mismo en casa.

El argumento católico romano da por sentado y nos quiere hacer creer que los receptores están todos funcionando perfectamente bien, pero sabemos que el programa sale mal. Deducimos, por lo tanto, nos dicen, que no puede ser que la estación RL1 está difundiendo su programa a estos dos receptores a la vez. La enseñanza que sale de dos protestantes es diferente en ciertos puntos, por lo tanto el Espíritu Santo no inspira privadamente.

El católico romano nos invita, entonces, a escuchar su receptor, de fabricación romana, y del programa sintonizado salen claras y comprensibles las palabras. "Ved", nos dicen, "allí lo tenéis; pero bueno y perfecto". Pero, le ocurre a uno consultar el horario de programas de LR1 a esa altura de los sucesos, para saber qué programa estaría difundiendo, y se asegura que ahora corresponde cierta sinfonía. El vuelve a la pieza y pide permiso al católico romano para examinar un poquito este magnífico receptor, y apenas levanta la tapa, él encuentra que está tocando un disco.

Consultamos en la Biblia, cuál es el programa que difunde Dios, y luego, escuchamos otra vez el receptor del católico romano, y ciertamente vamos a encontrar que éste toca un disco y difunde un mensaje de la actualidad, preparado en Roma.

E. J. K.

DOCTRINA CATOLICA DEL SACRIFICIO EN LA EUCARISTIA

La doctrina oficial de la Iglesia Católica con respecto al sacrificio en la Eucaristía como también en la Misa fué concretada en la Sess XXII, cap. 1 y 2 del Tridentino.

Capítulo I

Por cuanto con su muerte (la de Cristo) su sacerdocio no debía extinguirse, y a fin de dejar a su amada esposa, la Iglesia, un sacrificio visible, tal como lo exige la naturaleza de los hombres, con el cual (sacrificio) quedaría representado aquel sacrificio cruento que se efectuó una sola vez en la cruz, y para que la memoria de él permaneciese hasta el fin de los siglos, y su poder salúfero fuese aplicado a la remisión de los pecados que nosotros cometemos diariamente, Cristo se declaró en la última Cena, en la noche en que fué entregado, como Sacerdote según el orden de Melquisedec, y ofreció a Dios Padre su cuerpo y sangre en las especies de pan y vino.

Capítulo II

Y por cuanto en ese sacrificio divino que se ofrece en la Misa está contenido y es incruentamente inmolado aquel mismo Cristo que en el altar de la cruz se ofreció a sí mismo por una sola vez de modo cruento, el Santo Sínodo enseña:

Que aquel sacrificio (en la Misa) es en verdad propiciatorio, y por virtud de él obtenemos misericordia y hallamos gracia para ayudarnos en tiempo oportuno, si acudimos a Dios con corazón sincero y fe verdadera, con temor y reverencia, contritos y arrepentidos. Además, aplacado por esta oblación, el Señor concede su gracia y el don del arrepentimiento y perdona crímenes y pecados, aun los muy graves. Pues la víctima es una y la